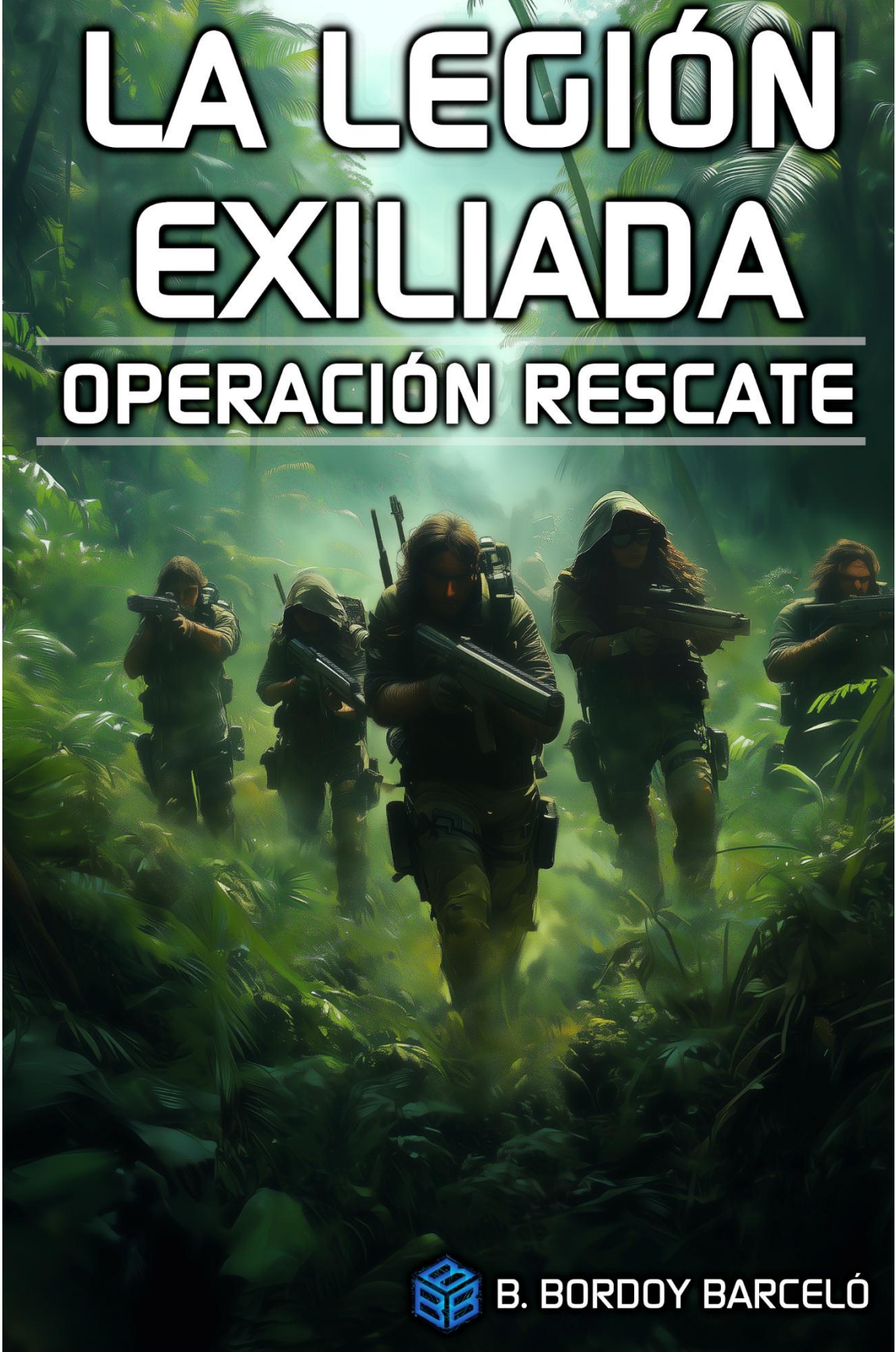
LA LEGIÓN EXILIADA

OPERACIÓN RESCATE



B. BORDOY BARCELÓ

Ninguna parte de esta publicación puede ser reproducida, almacenada o transmitida en manera alguna ni por ningún medio, ya sea electrónico, físico, de grabación o de fotocopia, sin permiso previo del autor y del editor. Todos los derechos reservados.

Legión Exiliada Operación Rescate
B. Bordoy Barceló
Portada: B. Bordoy Barceló
Las ilustraciones se han generado con Midjourney y programas tradicionales de creación de imágenes. No se han usado personas reales o artistas como parte de los indicadores a la hora de generar las imágenes.
Todas las imágenes han sido generadas con una licencia comercial.
Primera Edición: Febrero 2025
ISBN: 9798310535695



1. No hay vuelta atrás

Soren corría tan rápido como podía. El corazón martilleaba con fuerza su pecho mientras el aire de la estación, denso y pesado, inundaba sus pulmones. Las piernas le dolían, como si cientos de agujas se clavaran con cada paso. Sus botas resonaban con fuerza sobre el corredor. Un eco que se mezclaba con los gritos y el estruendo de los anuncios de seguridad que parpadeaban en las paredes.

—¡Alerta de seguridad de nivel dos en el sector Ocho! —Gritó una voz distorsionada a través de los altavoces—. Se han activado las defensas de la estación. Ciudadanos, busquen refugio. La seguridad está en camino.

—Lo que me faltaba—masculló, soltando una maldición por lo bajo.

Soren esquivó un grupo de transeúntes que se habían quedado en medio del pasillo observando una de las alertas, añadiendo una nueva colección de insultos contra él. Torció en uno de los pasillos, deslizándose por la fría pared metálica para tratar de ganar velocidad. Recuerdos fragmentados de la misión asaltaron su mente. Calafal. Ese era el nombre que había conseguido. El sistema que habían estado buscando durante esas dos últimas semanas. Un coliseo a escala planetaria. Un infierno para quienes entraban y un espectáculo para quienes lo observaban.

De repente, el comunicador de su muñeca vibró, despertándolo de su

ensueño y prestando atención a la llamada entrante. Apretó el dispositivo para activarla.
—¿Dónde estás? —La voz grave del capitán Kais resonó en el auricular.
—¡Cerca del hangar! —Respondió con un jadeo, tratando de recuperar el aliento—. ¡Pero traigo mucha compañía!
—Recibido. Motor encendido. Que no te pillen.
—¡Como si fuera tan fácil! —Gruñó tras cerrar la comunicación.

A su espalda oyó los pasos acelerados de los cazarrecompensas. Cada vez estaban más cerca. Pronto estarían sobre él. Apretó los dientes y corrió con más fuerza, sabiendo que si lo atrapaban todo estaría perdido. No solo él, sino también el resto del equipo.
Sus pensamientos le llevaron de nuevo a la reunión que había tenido con su contacto, un comerciante que había ayudado al Cuerpo de Protección en más de una ocasión y que, a pesar de todo lo que había sucedido, aún parecía mantener cierta simpatía por los humanos. "*Los sistemas de guerra son un espectáculo brutal*" había dicho el informante con voz cansada mientras mantenía especial atención al resto de clientes que había reunidos en aquella taberna de mala muerte. "*Los sistemas públicos están llenos de campos de batalla para que los amateurs jueguen a ser soldados. Pero, aun así, las armas son letales. Entrar allí es aceptar que tu vida es el precio del entretenimiento. Y no podréis salir. Es una condena a muerte, y el Gobierno lo sabe.*" Soren sacudió la cabeza para apartar aquellos pensamientos y centrarse en el presente.
Fue en ese momento, al cruzar uno de los corredores laterales, que vio de reojo a un grupo de seguridad dirigiéndose hacia él. Se movían en formación cerrada, con pasos seguros y regulares, protegidos por sus armaduras y escudos de contención. Al detectarlo, no dudaron un instante, descargaron sus armas contra él.
Un disparo impactó cerca de su cabeza, arrancando chispas de la pared metálica y haciendo que, por un momento, perdiera el equilibrio. Apoyó las manos sobre el suelo para continuar corriendo mientras sentía cómo la adrenalina le daba el empujón que necesitaba para no detenerse.

Los segundos se hacían eternos, marcados solo por el martilleo de su propio corazón mientras la cacofonía de voces y pasos resonaban cada vez más fuerte a su espalda. Sentía la garra de los que le perseguían cerrarse sobre él.

Finalmente, llegó al hangar. La compuerta se abrió y dejó a la vista el espectáculo de luces, sonidos y el caos de naves moviéndose a su alrededor. El aire enrarecido, impregnado por el olor del aceite, del metal sobrecalentado y del plasma de los propulsores, invadió sus fosas nasales.

Corrió entre las naves, esquivando los mecánicos y técnicos, que se volvían para observar al humano sudoroso que pasaba por su lado. No tardó mucho en ver la Mapur. Para muchos, un pedazo de chatarra flotante. Pero, para él y el resto de la tripulación, aquel casco desgastado se había convertido en su nuevo hogar.

Rama, el mecánico de la nave, había hecho maravillas para mantenerla operativa a pesar de los numerosos daños que habían sufrido y que ya era imposible ocultar. Los paneles exteriores habían perdido gran parte del color y presentaban abolladuras y quemaduras a lo largo de toda la superficie; un recordatorio de que la nave no estaba hecha para huir de ataques constantes.

El capitán Kais estaba en la rampa de acceso, con un arma en la mano y la mirada fija en él. Sus ojos, de un gris acerado, no mostraban pánico, solo una furia contenida.

—¡Corra, sargento! —Ordenó, alzando el arma y arremetiendo contra quienes le perseguían.

El proyectil pasó siseando cerca de su oreja, haciendo que el corazón se encogiera por un instante. Antes de que pudiera saber si el disparo había impactado contra sus perseguidores, el hangar se convirtió en un verdadero caos. Las armas enemigas escupieron una ráfaga de plasma como respuesta. Mientras, lo único que podía hacer él, era correr. Se movía en zigzag, tratando de evitar ser alcanzado mientras su superior le cubría.

Con un último impulso, se lanzó al interior de la bodega de carga, rodando por la rampa y quedando tendido en el suelo.
—¡Arriba! ¡Arriba! —Gritó Kais entre disparo y disparo, haciéndose oír sobre el sonido de los propulsores.

La Mapur se elevó con una fuerte sacudida, haciendo que el capitán tuviera que aferrarse al hidráulico de la compuerta para no caer mientras apretaba el botón de cierre. Cuando esta se selló, se volvió hacia el soldado tendido en el suelo, respirando con dificultad, su pecho subiendo y bajando con rapidez.
—¿Estás herido? —Preguntó, frunciendo el ceño, como siempre hacía, observando a su compañero.
—No, estoy bien —respondió jadeante, observando al hombre de poco más de cuarenta años galácticos que ahora estaba inclinado sobre él. Tenía la mandíbula tensa, con una barba de pocos días y líneas alrededor de sus ojos, reflejando más preocupaciones de las que compartía.
—¿Lo tienes?
—Sí, tengo los datos —dijo mientras rebuscaba en el bolsillo de los pantalones y sacaba un pequeño dispositivo de almacenamiento—. Está en Calafal. Pero... —Se interrumpió, captando la atención de su superior mientras los recuerdos volvían a golpear su mente—. Me han hablado un poco del sistema... Es peor de lo que pensábamos...
—Ahora nos cuentas los detalles, con calma —respondió Kais, tomando el equipo que le tendía—. Primero hay que salir de aquí.
—¡Capitán! ¡Tenemos un problema! —La voz de Elara restalló en los altavoces de la bodega.

Kais miró por un momento al soldado que tenía a sus pies, confirmando que estaba bien, antes de volverse y atravesar la nave en dirección a la cabina de mando. La nave acababa de salir del hangar, topándose de frente con la imagen inconfundible de un crucero de los Guardianes del orden de la Galaxia.
—Será una broma...

—No lo es, capitán. Nos estaban esperando —respondió Elara desde detrás de los mandos. Era la más joven del grupo y, aunque llevaba poco más de un año en el Cuerpo, se había distinguido como una de las mejores pilotos de su escuadra. Aunque ahora eso ya no importaba—. Parece que todos quieren una parte de nosotros.

"*¿No pueden dejarnos en paz?*" Se preguntó Kais, mirando aquella nave recortada por las estrellas. "*¿Hasta cuándo vamos a ser perseguidos de esta manera?*" Frente a esa pregunta surgió una respuesta, el dispositivo que llevaba entre las manos. Calafal. "*¿Estamos realmente haciendo lo correcto? ¿No deberíamos huir, escondernos y mandar a todo el mundo a la mierda?*" Sacudió la cabeza, tratando de alejar aquellos pensamientos. No podía dudar. Daba igual lo que él quisiera, sabía que no había escapatoria posible. Eran soldados y aún les quedaba un deber que cumplir.

De pronto, una luz en el panel de control indicó que estaban recibiendo una llamada. Cale, el experto en comunicaciones, comprobó el equipo antes de decir con voz clara y penetrante:

—Una llamada desde el crucero, capitán. —El hombre se volvió hacia su superior en busca de una orden. Kais asintió, dándole permiso para abrir el canal.

—Nave de combate de, efe, seis, tres, siete, cuatro, nueve. Aquí el crucero Rasion de los Guardianes del orden de la Galaxia. Detenga el motor inmediatamente y prepárense para ser abordados. Según la ley ordenada el día treinta y cuatro de este mismo año, todos los miembros del Cuerpo de Protección deben ser arrestados por los cargos de traición contra la institución y el Gobierno. Cualquier acto de rebeldía provocará una respuesta inmediata y contundente de nuestra parte. Repito, detenga el motor inmediatamente y prepárense para ser abordados.

—¿Les hago caso, capitán? —Preguntó Elara con diversión, revisando de nuevo el rumbo y observando cómo el crucero se reposicionaba para su interceptación.

—¿Quiere que les mande a la mierda? —Continuó Cale con arrogancia

mientras murmuraba por lo bajo una larga ristra de insultos en varios idiomas aprendidos durante las largas patrullas que había realizado. De pronto, se interrumpió a sí mismo, conteniendo las palabras y revisando los equipos—. Detecto dos naves saliendo del hangar a toda velocidad. Las lecturas coinciden. Son los cazarrecompensas.

Kais se quedó un instante en silencio, observando las pantallas con seriedad mientras abría ligeramente las piernas para afianzar su posición, preparándose para lo que sucedería a continuación.
—Elara, haz lo que mejor sabes hacer. Nos largamos de aquí. Toma, introduce las coordenadas en el ordenador de salto y prepárate —ordenó, tendiéndole el dispositivo de almacenamiento—. Cale, avisa a todo el mundo, los quiero en el puente, ahora.
—Entendido, señor —dijo la piloto, volviéndose para coger rápidamente el objeto que le tendían e insertándolo en el panel de control. Con unos comandos, de sobra conocidos, estableció la ruta y el punto de salto—. Coordenadas fijadas. Agarraos fuerte.

Elara tiró de los mandos y dio potencia al motor mientras una sonrisa de satisfacción cruzaba su rostro. Era en aquellos momentos de tensión cuando parecía disfrutar más de su trabajo. Al mismo tiempo, los altavoces resonaron con fuerza, ordenando que el resto acudiera al puente. En menos de un minuto, los siete tripulantes ya estaban allí, apiñados en un espacio demasiado pequeño para todos.
—Estamos en un punto de no retorno —dijo Kais con solemnidad, mirando el rostro cansado de sus camaradas.

Aunque de alguna manera que aún no comprendía se había convertido en su líder, sabía muy poco de aquellos soldados. Y, aun así, se habían convertido en su familia. Todos ellos compartían el mismo pasado, sufrían del mismo dolor; abandonados por el Gobierno y exiliados para poder sobrevivir en un universo donde ahora, se habían convertido en criminales.

—Soren ha conseguido la información que prometió —continuó el capitán, fijando la mirada en el soldado. Este, al oír su nombre, asintió con seriedad. Era más joven que él, más vigoroso y, como Kais había podido comprobar, mucho más temerario. Antiguo soldado de asalto y ataque rápido, Soren era el primero en lanzarse al combate y el último en salir. Y, aunque sus habilidades eran innegables, su enfoque instintivo lo llevaba a actuar antes de analizar todas las estrategias posibles; cosa que, en ocasiones, podía ser más peligroso para el resto que para sí mismo—. Ya tenemos el nombre y la localización del sistema de guerra al que debemos ir. Calafal. Ese es nuestro destino. Pero se trata de un camino solo de ida. No puedo prometer que regresemos de ese lugar.
»Lo único que os puedo prometer es que si seguimos así, tendremos que mirar siempre por encima del hombro. Con miedo. Miedo a que nos atrapen, a que alguien nos descubra o nos señale.

Hizo una pausa para dejar que aquella idea calara en la mente de todos ellos, incluida la suya. Aunque no tuviera sentido, ahora eran criminales buscados. Los cazarrecompensas los tenían en el punto de mira y no se detendrían hasta cobrar cada una de sus cabezas. Al mismo tiempo, los Guardianes del orden tampoco les darían descanso. De una manera u otra, serían perseguidos a lo largo de toda la galaxia. No habría paz para ellos. Lo único que podrían hacer si decidían continuar huyendo era buscar el agujero más oscuro de todo el universo y esconderse ahí para el resto de sus vidas.
—O podemos enfrentarnos a todo y a todos y viajar hasta ese sistema —continuó Kais, dejando que su voz se mezclara con las alarmas de proximidad que resonaban en el puente—. Podemos mostrarles que nosotros aún tenemos algo que decir y que no somos quienes dicen ser. Todos sabéis a dónde vamos y no os puedo pedir que me sigáis. Puede que me llaméis capitán, pero el Cuerpo de Protección ha sido destruido. —Aquellas palabras resonaron como un disparo, consiguiendo que una chispa de furia restallara en los ojos de sus soldados—. Ahora solo somos unos exiliados que buscan una manera de ser libres una vez más. Por eso es

vuestra decisión. Si alguien quiere irse, que hable ahora. No hay ningún deshonor en abandonar. Lo dejaremos en algún lugar seguro para que pueda continuar con su vida. El resto seguirá con la misión.

El silencio se adueñó de la cabina. Un silencio pesado, seco, solo roto por el intenso sonido del motor y los gruñidos de Elara mientras manejaba con precisión la nave, moviéndose con rapidez para evitar que les alcanzaran. Todos sabían lo que estaba en juego y la locura que iban a hacer. Y, aun así, estaban dispuestos a seguir a Kais hacia aquel infierno. Eran hombres y mujeres a los que les habían arrebatado todo, el hogar, la familia, los amigos... Todo había desparecido en un solo instante. Ahora ya no les quedaba nada. Solo esa misión. Tan loca que hasta podía resultar o que, al menos, les permitiría vivir como querían un poco más. Y, si morían, lo harían como soldados, no como criminales huyendo de la ley. Kais pudo ver la determinación en el rostro de sus camaradas. La decisión estaba tomada.
—Estoy muy orgulloso de todos vosotros. No podría pedir un grupo mejor para ir a esta misión. Gracias —anunció el capitán, dejando que aquellas palabras se filtraran en la mente de sus soldados. Se volvió hacia la piloto—. Elara, podrás saltar a las coordenadas cuando quieras.
—Recibido, capitán. Necesito un poco más de espacio. Los cabrones no se rinden.

Elara tiró de los mandos y ajustó el motor a máxima potencia. Las alarmas resonaban en el puente mientras la Mapur realizaba un giro completo y atravesaba la formación de sus perseguidores. Pudieron ver las naves a través del cristal de la cabina antes de convertirse en unos simples puntos en el radar que, rápidamente, quedaban atrás.
—¡Ahí os quedáis! —Escupió la piloto mientras activaba el dispositivo de salto.

El motor soltó un rugido colosal y las estrellas se difumaron, ocultas ahora bajo una nube púrpura que crecía con rapidez, engullendo la nave

y lanzándola a velocidades muy superiores a la de la luz.
—Buen trabajo, Elara —anunció Kais viendo cómo la piloto soltaba un suspiro de alivio y se recostaba en el asiento, alegre y agotada al haber cumplido su misión—. Tenemos... doce horas hasta llegar a nuestro destino —informó mientras comprobaba las pantallas y el tiempo de vuelo—. Aprovechad para descansar. Dormid unas horas y recuperad fuerzas. Vosotros dos también —añadió, dirigiendo la mirada a la piloto y a Cale—. Yo me encargaré de la primera guardia.
»Cuando estemos a cuatro horas del destino haremos una sesión de informe. Revisaremos todos los datos disponibles sobre los sistemas de guerra, sus protocolos, posibles escenarios y lo que sabemos sobre Calafal. También pondremos a punto el equipo y los sistemas que disponemos. No sabemos qué nos espera, pero nos aseguraremos de estar preparados para cualquier contingencia.

No tardaron mucho tiempo en dejarlo solo, en silencio, observando de pie aquella nube púrpura que ahora se retorcía incesante sobre el visor de la cabina. La estudió con atención, como si pudiera encontrar en su forma cambiante la respuesta a la pregunta que llevaba tanto tiempo rondando su mente. Desde que había tomado el mando de aquella nave y asumido el liderazgo de esos soldados la duda había sido su compañera de viaje. "*¿Estamos haciendo lo correcto? ¿Debería haber ido solo al sistema e impedir que me siguieran?*"
Las pocas amistades que aún les quedaban les habían advertido lo que sucedía con aquellos que intentaban huir. Algunos miembros del Cuerpo habían tratado de esconderse, de desaparecer, pero siempre eran atrapados. No importaba cuánto tiempo lograran evadirlos: cazarrecompensas, los Guardianes del orden de la Galaxia o, incluso, los cazadores de humanos, a los que ellos mismos habían perseguido durante tanto tiempo, acabarían encontrándolos.
Lo único que podían hacer era agarrar al toro por los cuernos y buscar la manera de hacerles todo el daño posible. Demostrándoles, por última vez, que no se jugaba con el Cuerpo de Protección.

No pudo evitar sonreír al imaginar aquella posibilidad. Se sentó y observó el vacío infinito que se extendía delante de él con una mezcla de determinación y miedo. Sabía que pronto las voces animadas que venían del interior de la nave se iban a convertir en algo diferente y que tendrían que enfrentarse a algo mucho más grande que ellos mismos.



2. Entrada al infierno

Soren corría tan rápido como podía. El corazón martilleaba con fuerza su pecho mientras el aire de la estación, denso y pesado, inundaba sus pulmones. Las piernas le dolían, como si cientos de agujas se clavaran con cada paso. Sus botas resonaban con fuerza sobre el corredor. Un eco que se mezclaba con los gritos y el estruendo de los anuncios de seguridad que parpadeaban en las paredes.

—¡Alerta de seguridad de nivel dos en el sector Ocho! —Gritó una voz distorsionada a través de los altavoces—. Se han activado las defensas de la estación. Ciudadanos, busquen refugio. La seguridad está en camino.

—Lo que me faltaba—masculló, soltando una maldición por lo bajo.

Soren esquivó un grupo de transeúntes que se habían quedado en medio del pasillo observando una de las alertas, añadiendo una nueva colección de insultos contra él. Torció en uno de los pasillos, deslizándose por la fría pared metálica para tratar de ganar velocidad. Recuerdos fragmentados de la misión asaltaron su mente. Calafal. Ese era el nombre que había conseguido. El sistema que habían estado buscando durante esas dos últimas semanas. Un coliseo a escala planetaria. Un infierno para quienes entraban y un espectáculo para quienes lo observaban.

De repente, el comunicador de su muñeca vibró, despertándolo de su agrad El resplandor púrpura que les había acompañado durante tanto tiempo se disipó por completo y la Mapur emergió del hiperespacio. De inmediato las alarmas resonaron, llamando la atención de los presentes y avisando del peligro que se cernía sobre ellos. Una gigantesca estación orbital, punto de partida para todos aquellos que quisieran entrar en el sistema, invadía gran parte del visor de la cabina. A su alrededor, suspendidas en aquel oscuro mural estrellado, media docena de naves de combate de los Guardianes patrullaban la zona, dispuestas a mantener el orden en un lugar donde el caos era la norma.

—Las coordenadas de salida no son las correctas, no estamos donde tocaría. Teníamos que llegar al centro del sistema y estamos... —anunció Elara con urgencia, observando los datos en los monitores—. Estamos en el borde exterior. El salto ha sido modificado debido a un aumento en la gravedad. ¡Tienen un pozo gravitacional en el sistema!

—Una curiosa manera de decir que no quieren que nadie interrumpa sus jueguecitos—dijo Cale con resignación, sus ojos fijos en las lecturas y en la colección de naves que ahora dominaban el radar—. No detecto activación de armamento ni movimientos hostiles, capitán.

Antes de que Kais pudiera decir nada, el panel de comunicaciones parpadeó con una transmisión entrante.

—Una llamada desde la estación.

—A los altavoces.

—Nave desconocida, aquí Control de la Estación Mersev, identifíquese. Repito, nave desconocida, identifíquese y declare sus intenciones o abriremos fuego.

—Venir aquí ya no parece tan buena idea, ¿verdad? —Comentó Cale por lo bajo, recibiendo una mirada de escarnio por parte de la piloto y haciendo que este se encogiera de hombros.

—Control de la Estación, aquí la Mapur. Enviamos código de identificación —indicó Kais, dando la orden al operador de comunicaciones para que lo hiciera—. Estamos aquí para inscribirnos. Somos nuevos

aspirantes. Repito, somos nuevos aspirantes y queremos inscribirnos.

Un pesado silencio se adueñó de la cabina mientras todos parecían contener la respiración. Al otro lado del altavoz, los operadores revisaban la información e intercambiaban unas palabras ininteligibles. Aquel era el momento de la verdad. Kais se agachó para quedar a la altura de Elara y le habló en un susurro:

—Si nos cancelan la entrada o los cañones de las naves hacen algún movimiento raro, prepárate para saltar.

—Necesitaremos salir del campo gravitatorio para hacerlo, capitán —respondió la piloto en el mismo tono—. Si nos persiguen, no sé si lo conseguiremos.

—Lo sé, pero prefiero hacer algo inútil que no hacer nada —dijo Kais con seriedad, tensando la mandíbula y consiguiendo que Elara asintiera con convicción, afianzando sus dedos sobre los mandos.

—Mapur, aquí Control —restallaron de nuevo los altavoces, su voz era seca y medida—. Enviamos coordenadas de aterrizaje en el Hangar Dos. Prepárense para reconocimiento y verificación. Una vez realizados y aprobados, se les concederá el título de jugadores. A partir de este momento, y mientras permanezcan en Calafal, estarán bajo nuestra jurisdicción. Los crímenes cometidos fuera del sistema quedarán en suspenso y no serán perseguidos ni arrestados por ellos durante su estancia.

»Sin embargo, si no son aceptados por nuestros equipos, deberán abandonar el sistema de inmediato y podrán ser perseguidos y arrestados por las fuerzas del orden. Además, les recordamos que cualquier infracción de nuestras leyes no solo revocará dicha inmunidad, sino que también serán perseguidos y ajusticiados por nuestras fuerzas de seguridad. ¿Entendido?

—Alto y claro, Control —respondió Kais, tragando saliva ante aquella amenaza y viendo cómo las coordenadas y el rumbo que debían seguir aparecían en las pantallas—. Nos ponemos en marcha.

Antes de que las palabras se desvanecieran en la cabina, Elara dio

potencia al motor. La Mapur avanzó rápidamente hacia la estación, siguiendo las indicaciones con precisión. Cale, por su parte, vigilaba no solo las naves de combate que seguían ahí arriba, como depredadores en busca de una presa, sino también la gran cantidad de transportes de mercancías, naves civiles y algunas otras que alimentaban la titánica estructura que ahora se desplegaba ante ellos. Una amalgama de cubiertas y plataformas que brillaban bajo las luces de navegación y los focos que barrían su superficie. A medida que se acercaban, los detalles saltaban a la vista: capas de metal soldadas sin un patrón aparente, cicatrices de reparaciones improvisadas y zonas antiguas que contrastaban con adiciones más recientes. Era evidente que, aunque en su concepción original había seguido un diseño ordenado, la estación había crecido con el tiempo, adaptándose a las necesidades de sus habitantes y dejando de lado cualquier cosa que no fuera la funcionalidad más absoluta.

A pesar de su apariencia irregular, la estación irradiaba una intimidante sensación. Las torretas automatizadas y los sistemas de defensa, distribuidos a lo largo de su estructura, parecían advertir que atacar aquel lugar sería un acto de locura. Incluso sin las naves de los Guardianes, la estación era una fortaleza autosuficiente.

Elara siguió las luces guía y maniobró la Mapur hacia el Hangar Dos. Dentro, una colección de naves y transportes llenaba el espacio mientras vehículos de carga y personal de tierra se movían entre ellos como hormigas en una colmena industrial. El diseño del hangar dejaba claro su propósito: conectar ambos lados de la estación, un recordatorio inquietante de que quienes entraban para combatir rara vez salían por el mismo lugar.

Cale señaló con rapidez las armas que se movían dentro del hangar, apuntándoles en todo momento, siguiendo no solo sus movimientos, sino también los del personal de tierra y cualquier nuevo aspirante que estaba preparándose para ingresar en aquel infierno.

Un intenso crujido metálico resonó en la nave mientras el tren de aterrizaje se extendía y la Mapur se posaba en la dársena designada. Siguiendo

las órdenes, la piloto apagó el motor, dejando que un pesado silencio se adueñara de la cubierta.
—Buen trabajo, chicos —dijo Kais, ajustándose la chaqueta mientras echaba un vistazo al hangar por los monitores—. Ya hemos completado una parte del plan. Ahora solo falta que nos acepten. Avisad a toda la tripulación para que esté lista. Yo voy a la bodega de carga para esperar a los técnicos de la inspección.

La compuerta se abrió con un chirrido. El aire viciado de la nave se entremezcló con el de la estación, envolviendo a Kais con el fuerte olor de la maquinaria recalentada, el aceite y el intenso aroma de decenas de razas que ya habían cruzado las puertas que ellos pretendían cruzar. Mientras trataba de identificar aquellos olores, el capitán vio a un oficial de estación acercarse hacia la nave. Era un qädesh, su piel anaranjada relucía sobre el uniforme grisáceo de la Flota Galáctica. Lo flanqueaban tres soldados de armadura pesada, sus armas listas en todo momento, como si anticiparan un problema.
—¿Nuevos aspirantes? —Preguntó el oficial, su tono era amable pero su mirada analítica, centrándose por un momento en la maraña de pelo, ya medio canoso, que poseía Kais. Los qädesh, al no poseer ningún tipo de vello, tenían cierta fascinación por las especies que sí lo tenían y, como estaba comprobando el capitán, este no era una excepción—. No es común ver humanos por aquí. Pensaba que nos les interesaban estos juegos. ¿O es que buscan emociones fuertes?
—Nuestros motivos son solo nuestros —respondió Kais con sequedad, consiguiendo que los soldados tras el oficial se tensaran, como perros de presa listos para atacar ante cualquier señal—. Puede que no seamos ciudadanos galácticos pero, tal y como indica el reglamento, todas las razas que viven bajo el dominio del Gobierno pueden participar —continuó, cruzando los brazos con un aire de desafío—. Lo revisé antes de venir.
—Sí, sí, es correcto. No quería importunarlo. —Se disculpó el qädesh, conciliador mientras trataba de sonreír—. Por favor, documentación de todos los que van a incorporarse, inventario de objetos, armamento y

nave. Si no lo tienen hecho...
—Claro, aquí tiene —interrumpió el capitán, tendiéndole una memoria física. El oficial lo miró por un instante, sorprendido.
—Eficiente... —consiguió responder el qädesh mientras tomaba el dispositivo y volcaba la información en su tableta digital, comprobando cómo los datos se almacenaban en aquel nuevo registro—. Ahora procederemos a realizar la inspección. Por favor, que toda la tripulación abandone de la nave, solo usted me acompañará.
—Entendido.

Kais apretó su dispositivo de muñeca, enviando una señal silenciosa al resto. Los soldados obedecieron, descendiendo la rampa con pasos medidos, sus ojos barriendo el hangar y a los soldados en busca de amenazas mientras la tensión era palpable en el aire.
El qädesh hizo un gesto para que Kais los guiara. Este asintió y regresó al interior de la nave, seguido por el oficial y uno de los soldados. Con rapidez, el militar se puso a revisar con interés los equipos que había colocados y ordenados con gran precisión a lo largo de la bodega de carga: armamento básico, botiquines, equipo de supervivencia y raciones. Todo marcado con el emblema del Cuerpo de Protección.
—¿Antiguos miembros del Cuerpo? —La pregunta resonó con intensidad en la bodega como el eco de una advertencia, poniendo en tensión al soldado que los acompañaba.

Kais se quedó inmóvil, sus ojos fijos en los del qädesh, estudiándolo. Aquel ser estaba buscando algo: curiosidad, interés genuino o el tipo de intención que podía hundirlos en ese mismo momento. Su mente trabajaba rápido, sopesando opciones.
—Prefiero no responder a eso —dijo finalmente, esbozando una sonrisa que era más un acto de desafío que de cortesía—. Según las reglas, estamos en una zona franca. Esas preguntas no importan aquí. Al igual que cualquier crimen que se me haya atribuido. ¿No es ese el espíritu de este sistema y de los juegos que promueven?

El silencio que siguió fue insoportable. El soldado junto al qädesh apretó ligeramente el arma en sus manos mientras el oficial mantenía su mirada sobre Kais, evaluándolo.
—Así es, eso no importa aquí —dijo el oficial al fin, relajando los hombros con un movimiento casi imperceptible. Su tono, aunque neutral, cargaba una advertencia implícita—. Pero más les vale comportarse. Ahora, sigamos con la inspección.

El soldado bajó el arma lentamente, y Kais dejó escapar un suspiro. Por ahora, habían pasado la primera prueba.

Una hora más tarde, la revisión de la nave y la comprobación del inventario se dio por concluida. La tripulación fue conducida a la enfermería, donde los sometieron a varias pruebas exhaustivas: análisis de salud, búsqueda de objetos o enfermedades ilegales dentro del recinto, así como la toma de muestras de sangre y tejido para completar el perfil de cada uno de los miembros. No tardaron mucho en ser llevados a una sala contigua que parecía encogerse con cada minuto que pasaba. Movimientos nerviosos, comentarios secos y risas cortadas rompían el silencio de forma intermitente mientras la incertidumbre se abría paso en la mente de todos ellos.
Finalmente, la puerta se abrió con un silbido hidráulico. Todos se tensaron, observando cómo el qädesh que había iniciado la inspección entraba en la sala, acompañado por otro técnico, que arrastraba un carro electromagnético cargado de cajas y equipamiento desconocido. El oficial se situó en el medio de la sala y miró al grupo de humanos. La mezcla de ansiedad y esperanza era palpable en el aire.
—Hemos completado el registro de su nave e inventario, así como el perfil biométrico. También hemos comprobado sus identificaciones galácticas. Aunque son exmiembros del Cuerpo de Protección y están siendo buscados por el Gobierno para ser arrestados y puestos en disposición oficial... —Los ojos del oficial se clavaron en Kais con diversión,

como si disfrutara de aquel instante—. Su inscripción como jugadores les otorga inmunidad total mientras permanezcan en el sistema Calafal. Han sido aceptados como participantes de pleno derecho.

Por un instante, el silencio reinó en la sala, como si la noticia tardara en arraigarse. Entonces, Soren soltó un resoplido de incredulidad, seguido por murmullos y leves sonrisas que se transformaron rápidamente en risas nerviosas, saboreando aquel efímero triunfo. Kais, sin embargo, permaneció inmóvil, los brazos cruzados y el semblante sombrío. Para él, esto era solo el inicio. La verdadera batalla aún no había comenzado. Iban a internarse en un sistema de guerra, donde la muerte era un simple espectáculo para quien pagaba.
—Antes de entregarles los equipos básicos para jugadores, necesitamos registrar el nombre de su clan. ¿Lo han decidido?

El capitán asintió lentamente, sintiendo el peso de la mirada de cada uno de los miembros de la tripulación sobre él. Ninguno parecía haber pensado en ello, pero desde que habían decidido realizar aquella misión y el significado que tenía no solo para ellos, sino también para quienes los observarían, había tenido claro cuál iba a ser el nombre.
—La Legión Exiliada.

El impacto de aquellas palabras fue inmediato. Los soldados se miraron unos a otros, y una oleada de respeto y determinación atravesó al grupo. El nombre capturaba su esencia, su lucha, y el desafío que estaban dispuestos a enfrentar. El oficial tomó nota en su tableta digital, asintiendo con satisfacción.
Las cajas metálicas en el carrito comenzaron a parpadear con luces azules mientras los dispositivos en su interior se activaban. El qädesh señaló una de ellas y continuó:
—Estos son sus equipos de grabación: drones de vigilancia personalizados. Cada uno de ustedes recibirá uno. Estos dispositivos, equipados con estabilizadores y sistemas de seguimiento, registrarán cada movimiento

mientras estén dentro del sistema. Están conectados a un ordenador central que les permitirá editar y seleccionar el material que deseen transmitir a sus espectadores.

El oficial abrió una de las cajas y sacó uno de aquellos drones, un artefacto con forma de ojo que flotaba silenciosamente al activarse. Sus lentes multifocales destellaban mientras observaba la sala y al grupo de humanos que ahora lo estudiaba con una mezcla de fascinación y cautela.
—Estos drones son esenciales para el éxito y la supervivencia de su grupo. Si quieren destacar en este lugar y ganar popularidad entre los espectadores, les recomiendo que se den prisa en aprender a manejarlos.
—Agarró de nuevo el equipo y lo volvió a meter en la caja, sellándola con un fuerte chasquido que resonó a lo largo de toda la sala—. Ahora, llamaré a cada uno para que recojan su equipo y firmen en su perfil de inscripción. Una vez hecho esto, serán jugadores oficiales y estarán habilitados para participar en los juegos. ¿Alguna pregunta?

Los soldados se miraron entre sí pero nadie abrió la boca. "*Ya no hay vuelta atrás*" pensó Kais mientras negaba con la cabeza, indicándole al qädesh que podía continuar.
—Muy bien, el primero es Davar Kais —dijo este, revisando el nombre en su tableta.

El capitán se acercó al oficial. Sus pasos firmes ocultaban las dudas que le carcomían por dentro. Colocó su pulgar sobre el dispositivo que le tendían. Un suave pitido indicó que el registro había sido completado y que, a partir de aquel momento era un jugador más del sistema, un soldado que ahora vivía y moría por los espectadores, un gladiador. O eso es lo que pensaban aquellos ingenuos. El humano tomó la caja que le ofrecía el técnico, un joven recluta que no debía llevar más de unos meses en la Flota, y se movió hacia un lado, dejando paso al resto de su tripulación.
—Elara Myrin.

La piloto avanzó con un andar decidido. Se apartó el cabello castaño del rostro con un gesto automático y colocó su pulgar sobre la tableta digital mientras miraba al oficial de la Flota, casi desafiándolo. Joven, atractiva de una manera sobria, pero con una fuerza y determinación que la hacían destacar. Kais agradecía no haber tenido que resolver ningún conflicto relacionado con ella, aunque tenía claro que podía resolverlos por sí misma.
—Cale Ridan.

El técnico de comunicaciones y, por alguna razón que aún desconocía el capitán, experto en algunos tipos de explosivos, sonrió y se encaminó hacia la parte delantera de la sala. Aunque era casi diez años más joven que él, habían realizado algunas misiones juntos antes de que el Cuerpo desapareciera. A pesar de todo lo que habían vivido, siempre mantenía esa mentalidad despreocupada, casi irritante. "*Un loco útil*" pensó el capitán, recordando las palabras de su oficial médico. Según Kiran, Cale mostraba un cuadro psicológico bastante curioso, con una disociación grave que le hacía vivir como si él mismo fuera un personaje de una aventura; cosa que, curiosamente, lo hacía más resistente a los embates de la vida y al horror.
—Rama Velis.

El mecánico del grupo, con el uniforme manchado y músculos que parecían esculpidos para la guerra, avanzó con la misma calma que siempre. Su amistad había nacido en las primeras semanas de instrucción y, desde entonces, Rama se había convertido en su ancla. Había movido cielo y tierra para tenerlo en su tripulación cuando consiguió su nave. De no haber sido por él, habría muerto, al menos, tres veces. Su talento para transformar chatarra en algo milagroso seguía sorprendiéndole. Siempre le había dicho que tendría que haber creado un astillero o un taller, pero nunca le había hecho caso. Kais no pudo evitar sonreír al verlo aceptar aquella caja de material, murmurando para sí qué podría

hacer con aquel nuevo juguete.
—Kiran Setsu.

La oficial médico se adelantó con una serenidad que solo ella poseía. Kiran, junto a Rama, eran los miembros más antiguos de su tripulación. Llevaba con a él más de diez años y, aunque quisiera ocultarlo, seguía sintiendo un nudo en el estómago cada vez que la veía. Su pasado compartido seguía siendo un secreto enterrado, pues las relaciones dentro del Cuerpo con miembros de diferente rango no estaban permitidas. En muchas ocasiones habían fantaseado con dejar el Cuerpo y vivir lejos de todo, pero su pasión por el deber y por la institución les habían impedido seguir aquel sueño. Ni siquiera tras la desaparición del Cuerpo hubo palabras, ni ningún tipo de acercamiento hacia aquella idea. Ambos tenían claro cuál era su deber. Y, aun así, sentía que, de alguna manera, la había arrastrado hasta ahí.
—Soren Hale.

Kais estudió los movimientos ágiles del joven mientras pensaba en la primera vez que lo vio. Fue el mismo día de la destrucción del Cuerpo. Aquel hombre seguía luchando contra los terroristas que habían asaltado la estación en un intento desesperado de detenerlos. Su rostro estaba plagado de furia, pero sus ojos lloraban de impotencia, sabiendo que todo estaba perdido y que ya no podían hacer nada. Que el hogar que tanto habían amado acababa de desaparecer.
—Vera Quinn.

Aquella mujer avanzó como una sombra. Cada movimiento suyo era medido, preciso, como si dominara el espacio a su alrededor con su simple presencia. Kais no sabía qué pensar de ella. Había sido la última en unirse a la tripulación, rescatada de una de las estaciones donde trataron de buscar refugio sin éxito. Su destreza con las armas era inquietante, pero sus habilidades en combate cuerpo a cuerpo rozaban lo inhumano. Espía, asesina, puede que algo más... Aquel enigma lo mantenía en

alerta. ¿Por qué el Cuerpo de Protección tenía soldados como Vera? Deseaba conocer aquella respuesta. Aunque ahora lo único que podía pensar era en que iba a necesitar sus habilidades.

—Muy bien, ya hemos terminado con el registro y la entrega de los equipos —informó el qädesh, llamando la atención del capitán, que se había sumido en sus propios pensamientos—. Recuerden que una vez dentro del sistema podrán enfrentarse y ser atacados por cualquiera. Las estaciones espaciales y algunas ciudades planetarias son zonas francas. Allí no se permite el uso de armas y cualquier violación de las leyes de Calafal será rápidamente castigada.

»En esos lugares podrán comerciar y descansar. Las estadísticas de su clan, así como las individuales, también estarán disponibles en las oficinas de información. Además, a mayor audiencia, más facilidad tendrán para conseguir suministros o acceder a ciertos tipos de juegos. Aunque, sinceramente, dudo que su clan consiga atraer demasiado interés entre nuestros espectadores.

Kais alzó una ceja, permitiendo que una sonrisa cruzara su rostro.

—De eso ya nos encargamos nosotros —respondió con sequedad, consiguiendo que el qädesh tragara saliva, visiblemente incómodo.

—Para abandonar el sistema —continuó el oficial, recuperando la compostura—, deberán regresar a esta estación, cumplimentar los formularios y pagar las tasas correspondientes. Los créditos que ganen estarán sujetos a impuestos. Cualquier fondo que mantengan aquí, así como sus estadísticas permanecerán intactos por si regresan en el futuro.

»Recuerden que, aunque ahora mismo están bajo la jurisdicción de Calafal y gozan de cierta inmunidad, al salir del sistema, cualquier crimen cometido en los territorios del Gobierno Galáctico volverá a estar en vigor. Podrán ser perseguidos y juzgados por ellos con toda la fuerza de la ley —informó el qädesh, claramente divertido ante aquella posibilidad, disfrutando del súbito silencio que se había formado entre los humanos—. Por supuesto, siempre tienen la opción de quedarse aquí. Si es que sobreviven lo suficiente...

»Y si a alguien se le ocurre la idea escapar sin pasar por esta estación, ya les advierto que no lo intenten. El pozo de gravedad está activo en todo momento y evita cualquier tipo de interferencia, tanto interna como externa. —Se inclinó ligeramente hacia adelante, como si compartiera un secreto—. Si detectamos movimientos anómalos en las inmediaciones del sistema estamos autorizados a abrir fuego. Así que les sugiero que se comporten...

Kais asintió, procesando cada palabra. El sistema era una jaula con paredes invisibles. Una vez dentro, no había salida. Y, aun así, iban a entrar. Pues era mejor aquel infierno controlado que el caos que reinaba en el exterior.
—¿Alguna pregunta? —Preguntó de nuevo el oficial, claramente satisfecho con su discurso.
—Ninguna. Estamos listos —confirmó el capitán con un tono que no dejaba lugar a dudas. Sus soldados asintieron al unísono, aceptando sus palabras como propias.
—Perfecto. Toda la información relevante está en las maletas que les hemos entregado: reglamentos, funcionamiento de perfiles, canales de transmisión... Solo me queda desearles buena suerte. Espero que sean capaces de ofrecer un espectáculo digno de recordar.

Cuando volvieron a la Mapur, el aire estaba cargado de tensión. Las palabras del qädesh resonaban como un eco pesado en la mente de cada soldado. Sabían lo que les esperaba, pero conocerlo no lo hacía más fácil. El capitán cerró la compuerta de la bodega de carga, el sonido metálico reverberando como un sello final en su destino. Los ojos de sus hombres estaban sobre él, buscando algo, cualquier cosa que llenara el vacío de sus propias dudas.
Kais respiró hondo. No sentía la fortaleza que esperaba proyectar, pero sabía que tenía que encontrarla. No podía mostrarse débil, no ahora. Se obligó a erguirse, apretó los puños y habló con una voz que esperaba fuera tan firme como imaginaba:

—A partir de este momento, somos luchadores en este sistema. Pero no estamos aquí para jugar a los soldaditos, a la guerra o para entretener a un montón de galácticos aburridos sentados en sus sofás. Nosotros hemos venido a recordarles quiénes somos. —Hizo una pausa, recorriendo los rostros agotados y ansiosos de su tripulación—. No somos mercenarios, ni cobardes que huyen de la ley. Somos soldados. Venimos aquí porque no nos han dejado otra opción, pero este lugar será nuestro campo de batalla y es donde conseguiremos nuestra libertad. Recordadlo.

»Cuando salgamos de este hangar ya no seremos simples exmiembros del Cuerpo de Protección, ni víctimas de un sistema que nos abandonó y criminalizó. Ya no tendremos que escondernos más. Seremos un símbolo. Una advertencia. Seremos La Legión Exiliada. Les mostraremos que hay algo más aterrador que sus ejércitos o sus leyes.

—No saben lo que se les viene encima —gruñó Rama, apoyando a su capitán y consiguiendo que el resto soltara una profunda carcajada, alejando las dudas y encendiendo el fuego que todos necesitaban.

—Ahora cumplamos nuestra misión y demostrémosles qué significa enfrentarse a nosotros.

Si quieres saber cómo continúa la historia de Kais y de La Legión Exiliada, hazte con OPERACIÓN RESCATE por menos de 1€

Clica en la imagen

